

GRADUACIÓN DE CIENCIAS E INGENIERÍA

Queridos graduandos:

*Queridos colegas
Señoras, señores
amigos todos.*

La felicidad tiene muchas maneras de manifestarse en nuestras vidas y una de ellas, quizá la más acariciada, sucede en momentos como los de hoy, en los que finalmente ven cumplido un sueño conquistado no por obra del azar, sino por un camino propio que han abierto ustedes mismos a pulso, en sus laboriosos afanes y en sus pacientes desvelos, esfuerzo iniciado hace algunos años cuando, convencidos de su talento y llamados a abrazar una profesión, tocaron las puertas de nuestra Universidad y ella, complacida, los acogió en su claustro para hacerlos parte de su comunidad. Así fue, pues la Católica no era únicamente el lugar al que debían asistir para escuchar clases y rendir sus pruebas; más propiamente era su segundo hogar, casa que los invitaba a madurar su inteligencia y sus afectos, y en el que sus más bellas ilusiones habrían de encontrar la tierra propicia para florecer y prosperar.

Las aulas, los laboratorios, los patios y los cafés fueron escenarios de momentos hermosos y difíciles, así como del nacimiento de nuevas e imperecederas amistades y quizá de grandes amores. Todas estas vivencias tan intensas y tan diversas se enlazaban en un anhelo superior que aquí vinieron a cumplir: su deseo arraigado de saber. Junto a profesores y compañeros de estudios aprendieron a ver la realidad del hombre y de las cosas de una manera nueva, comprendiendo sus múltiples caras, pero también su compleja integridad. Reconocieron entonces que, en la profesión elegida, además del deseo legítimo de la realización propia, se jugaba también el destino de la ciencia misma y del país. Por ello, hoy que llevan consigo el diploma que testimonia su paso por estas aulas y la larga experiencia de aprendizaje que en ellas han vivido, se hacen acreedores asimismo de una grande y bella responsabilidad: la de estar siempre en la primera línea de los más vastos desafíos, haciendo de su trabajo como científicos o ingenieros la búsqueda incesante de la verdad. Y ello porque el valor del conocimiento que han alcanzado sólo adquirirá sentido pleno en aquellos actos concretos en los que habrán de demostrarse fieles al espíritu del auténtico saber.

Blas Pascal, matemático genial que desde el dominio de la exploración numérica del universo supo abrirse paso a las interrogantes profundas sobre la naturaleza esencial del hombre y el sentido de nuestra existencia, afirmó que toda la dignidad de la persona se hallaba en el pensamiento y no en cosa material alguna, y que por tanto nuestro deber moral primero habría de ser el de pensar bien. Se trata, como puede verse, de una tarea clarísima, tan vieja como la cultura y sin embargo tan llena de dificultades, que en nuestros tiempos se reclama con especial urgencia, pues en verdad la sociedad que nos ha tocado vivir, ésta que espera ser sembrada por los elevados sueños de todos ustedes, no requiere tanto de personas inteligentes y eficaces, cuanto de mujeres y hombres sabios que construyan con pasos firmes una realidad más humana.

Guardo por ello la justa y bien fundamentada esperanza, que toda la comunidad universitaria comparte, de que al dejar estas aulas e ingresar a la nueva etapa de sus vidas en la que habrán de demostrar su talento y su creatividad, sean siempre dignos de su Alma Mater y se muestren capaces de retribuir, a través de un ejercicio profesional íntegro y honesto, todo lo que ella les ha brindado a lo largo de estos años de amorosa relación.

Ello es un deber muy especial en ustedes pues, si bien han dejado ya de ser alumnos nuestros, su vínculo con la Universidad no culmina: desde ahora y de manera vitalicia forman parte de la Universidad Católica en su condición de graduados, tanto por los afectos recíprocos que aquí han nacido como porque así lo mandan el Estatuto de nuestro claustro y la Constitución del Estado. Este es también su derecho, que han ganado con justicia sobre la base de un desvelo cuyas dimensiones exactas sólo ustedes conocen y que hoy hemos aplaudido.

Si pudiéramos recorrer la historia de cada uno de ustedes sobre su paso por esta Casa de Estudios, aquellos innumerables avatares que han debido cruzar, veríamos que hay más de una razón para que los corazones de cada uno de ustedes, junto con el de sus padres, sus familiares, maestros y amigos, se llene de contento. Esta es una alegría que comparto con todos ustedes de modo sincero, porque cada grupo de egresados que parte de la Universidad Católica pleno de ideales para cumplir con el noble espíritu de la ciencia y con el humano anhelo de verdad dibuja nuevas figuras que asume la esperanza.

Se abren pues para ustedes caminos insospechados y que encierran maravillosas posibilidades, transiten por ellos confiados en que la Universidad Católica, su Universidad, los ha preparado bien para el arduo trayecto.

SALOMON LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 10 de Diciembre de 1998